

**FEDERICO GUZMÁN RUBIO**  
ALUCINAR EN LA SINAGOGA

**CARLOS VELÁZQUEZ**  
TOM'S LEATHER BAR

**LUIGI AMARA**  
AL OTRO LADO DEL ESPEJO

NÚM. 335 SÁBADO 22.01.22

# El Cultural

[ Suplemento de **La Razón** ]

## DISCUTIR NUESTRA DEMOCRACIA

JOSÉ WOLDENBERG

GERARDO DE LA TORRE  
INSTANTÁNEAS  
RECOBRADAS

UN RECUERDO  
SIN DOBLECES  
GERARDO DE LA CRUZ

ARTE NOVOHISPANO  
A LA DERIVA  
VEKA DUNCAN

Ilustración > shutterstock.com

Esta edición de **El Cultural** presenta una lectura del libro de Jesús Silva-Herzog Márquez, *La casa de la contradicción, que critica con severidad el régimen de López Obrador y de los gobernantes de la alternancia en el México del siglo XXI* —entre otros temas. La puntual revisión de José Woldenberg destaca sus coincidencias, tan contundentes como sus desacuerdos, a la par de los factores que hicieron posible la llamada transición democrática: un dilatado proceso que ocupó varias décadas y desplazó el modelo del partido único en el poder. El asunto de fondo implica una comprensión de la historia reciente y del momento actual del país, con sus orígenes, desafíos, expectativas.



# DISCUTIR NUESTRA DEMOCRACIA

JOSÉ WOLDENBERG

**E**l libro de Jesús Silva-Herzog Márquez se divide en tres capítulos: A) Una revisión del concepto y la tradición democrática, B) Una crítica a los gobiernos que sucedieron a la transición (digo yo: democrática), y C) Una caracterización del gobierno del presidente López Obrador. Mis notas irán de la C a la A.

**C)** Comparto con Silva-Herzog su tesis central. El presidente está decidido a “demoler” todo o mucho de lo construido en términos democráticos en nuestro país. Hace una disección rigurosa y puntual de los resortes que mueven a AMLO: la forma maniquea y simplista en la que entiende la historia, “su arrogancia que en el fondo es ignorancia”, su incapacidad para hacer frente a la complejidad de la vida, sus simplificaciones que incluso lo llevaron a afirmar que “gobernar es fácil”, su uso de personajes de la historia con los que paradójicamente no tiene afinidad (Juárez, Madero, Cárdenas), o con las grandes corrientes de pensamiento, el liberalismo o la izquierda, que explota discursivamente pero las niega en la práctica. Su

voluntarismo antiilustrado, su militarismo para nada disfrazado, su incontinencia verbal, su capacidad de ocupar el espacio público con un lenguaje elemental, su irrespeto a la ley a la que entiende sólo como un “marco de prohibiciones” contra su voluntad, su reiterada gana de atentar contra las normas e instituciones que soportan la democracia, su aversión al conocimiento científico. La criminal gestión de la pandemia, la construcción de un ejército de leales en el cual las capacidades no importan, su pretensión de ser “el dueño de la verdad”, su mirada “tradicionalista”, conservadora, frente al potente movimiento feminista, su alejamiento de la racionalidad. Sobre todos esos temas —aquí sólo enunciados— encontrará el lector un análisis pertinente y sugerente. Son algo más que claves para intentar comprender la actuación del presidente. Buen observador y analista, Silva-Herzog ofrece un mural de los resortes que animan la acción de AMLO.

En este capítulo, sin embargo, tengo algunas observaciones de matiz que de ninguna manera afectan la tesis central.

1. Sobre las elecciones de 2018, dice que “el votante mexicano... apostó decididamente

por el cambio más radical... los partidos tradicionales quedaron hechos polvo”. Sé que ésa es la lectura hegemónica de aquellos comicios y creo que esa visión contribuyó a lo que hoy vivimos. En primer lugar, no existe “el votante mexicano”. Los votantes (en plural) tienen diversas lógicas y motivaciones. Convertir el plural en singular tiene el enorme riesgo de negar el pluralismo y reconstruir la vieja máxima de la “voluntad general” (aunque sé que no es la intención del autor). Además, observando los resultados, eso no sucedió. Casi la mitad de los mexicanos (53 por ciento) votó por AMLO y la otra mitad por otros candidatos (47 por ciento). En el caso del Congreso, la coalición que apoyó al actual presidente obtuvo menos votos que el resto de los partidos pero gracias, sobre todo, a una violación flagrante de la ley, logró su mayoría anticonstitucional en la Cámara de Diputados.

Ni por asomo quiero negar el rotundo triunfo de AMLO y su coalición, ni la derrota de los tres partidos que impulsaron y fueron usufructuarios de la transición democrática (por cierto, no quedaron hechos polvo, sino profundamente debilitados), pero tengo la

Fuente > [comecso.com](http://comecso.com)

DIRECTORIO

**El Cultural**  
[Suplemento de **La Razón**]

Twitter:  
@ElCulturalRazon

**Roberto Diego Ortega**

Director

@sanquintin\_plus

**Julia Santibáñez**

Editora

@JSantibanez00

Facebook:  
@ElCulturalLaRazon

CONSEJO EDITORIAL

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki  
Delia Juárez G. • Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial > Adrian Castillo Coordinador de diseño > Carlos Mora Diseño > Andrea Lanuza

Contáctenos: Conmutador: 52606001. Publicidad: 52500078. Suscripciones: 52500109. Para llamadas del interior: 018008366868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 12

impresión de que en nada ayudó a nuestra vida pública la lectura sesgada de esos resultados. Un acercamiento devela que la pluralidad en México seguía viva.

2. Silva-Herzog afirma que “López Obrador no se hizo en la política de camarillas”. Por supuesto es la imagen que el presidente ha intentado proyectar, la de un *outsider* (el término lo uso yo, no Silva-Herzog) forjado a contracorriente. Pero fue militante del PRI, luego del PRD, líder del partido del sol azteca, jefe de gobierno del Distrito Federal, lo cual más bien lo convierte en un *insider* que supo formular un discurso que embonó con los agravios y heridas sentidos por franjas muy amplias de la sociedad. Se opuso a todo y a todos. Eso le atrajo muchas simpatías y adhesiones, pero lo hizo desde dentro y forjó su propia camarilla.

3. Según Silva-Herzog, “el gobernante ha sorprendido por su coherencia. Hace en su gobierno lo que ofreció como opositor” (salvo, nos dice, en la cuestión militar). No coincido. Quizá sea un asunto de apreciación. Si comparamos su discurso y sus proyectos como jefe de gobierno de la ciudad y como presidente, hay no pocas diferencias, pero que yo recuerde, en el primer cargo no desató campañas contra la prensa ni los periodistas y académicos que le disgustaban, contra los centros de educación superior, las capas medias, ni las agrupaciones de la sociedad civil. Comparto la opinión de Silva-Herzog de que ya estaban sembrados los gérmenes de su discurso, pero la presidencia los ha exacerbado hasta límites antes impensables (al menos para mí).

4. Describe con fuerza y variedad de elementos el proyecto de AMLO respecto a las instituciones que hacen posible la democracia. Pretende —dice— la demolición de la república. Escribe: “El populismo es un proyecto de simplificación democrática que se traza como objetivo el desmantelamiento de la complejidad”. Comparto el enunciado, siempre y cuando sustraigamos el término “democrática”, porque lo característico de los regímenes autoritarios es precisamente el desmantelamiento “de la complejidad”. Por lo demás, tiene toda la razón al alertarnos sobre los resortes que guían el desmantelamiento de la profesionalización de los funcionarios estatales, su forma de arrasar con la deliberación, su atropello consistente al pluralismo, su “soberanía del capricho”, la amputación de órganos del Estado, son eslabones de un modelo que debe ser llamado por su nombre: autoritarismo.

Lo construido en los últimos años es lo que puede, y en algunos casos lo está demostrando, resistir esos impulsos. Los partidos, disminuidos, con brújula errática y lo que se quiera, siguen ahí y son un dique; no “desaparecieron”. Tampoco “perdimos... los contrapesos, las reglas”, como se dice en el libro. El propio autor pregunta: “¿exagero?”, y creo que sí. Sin duda hay intentos reiterados por alinear a los otros poderes constitucionales, pero la Suprema Corte, con todos sus zigzagueos y grillas, en ocasiones ha bloqueado iniciativas extremas; la



Cámara de Diputados hoy tiene una composición más equilibrada que hace tres años y la coalición gobernante no reúne los votos necesarios para cambiar la Constitución. Algunos medios y plataformas digitales siguen informando y documentando la vida pública. Algunos órganos autónomos del Estado han resistido e incluso han sido ejemplo de lo que debe ser la vida republicana. Las agrupaciones civiles, mal vistas y anatemizadas, no han sido borradas del mapa. Por ello me parece una exageración afirmar que “frente al motor de la presidencia de la república no hay nada”.

Desde mi perspectiva, es eso precisamente lo que se encuentra en juego: autoritarismo o democracia. O el proyecto del presidente o la fortaleza y resistencia de lo mucho o poco que el país ha construido en términos democráticos: normas, instituciones, procedimientos y valores que siguen actuando con obstinación para ofrecer un mejor marco de coexistencia y competencia de nuestra pluralidad política.

#### B)

El segundo capítulo, “Desfiguración”, es una crítica ácida y elocuente de los gobiernos a partir del año 2000, el de la alternancia en el ejecutivo federal. Muchas esperanzas desbordadas, en efecto, fueron incumplidas. Digo desbordadas porque la democracia nos habla del cómo se gobierna y no del para quién, y por desgracia tampoco de las destrezas o taras de quienes ostentan el poder.

La fuerza y debilidad de la democracia es que permite la competencia, la convivencia de la diversidad política, y el cambio en los gobiernos sin el costoso expediente de la sangre (Popper), pero en sí misma no pretende ni puede ofrecer un tipo de sociedad

específica. En su seno florecen políticas de derecha o izquierda, conservadoras o progresistas, devastadoras o amigables con el medio ambiente, oscurantistas o ilustradas. Distinguir esas dos dimensiones fue quizá lo que no hicimos como país: apreciar las normas, instituciones, procedimientos, fórmulas de convivencia y rutinas de los gobiernos democráticos, a pesar de sus muy malos resultados.

Este capítulo critica el pasmo de los gobiernos que sucedieron a la transición democrática. Quizá demasiado adjetivado y con afirmaciones desmedidas, arranca desde el triunfo de Fox y establece con razón que “México no se volvió democrático cuando perdió el PRI. La alternancia fue la hija de la democracia”. En efecto, ese cambio fue posible gracias a lo construido con anterioridad: el fruto de un proceso.<sup>1</sup> Escribe que Fox “no comprendía el lugar de la presidencia en el nuevo régimen”, cómo la esperanza se fue diluyendo y “los gobiernos democráticos continuaron... con la renuncia al conflicto, el horror a ejercer el poder”, lo cual me parece una observación desmedida. Como si los gobiernos siempre hubiesen buscado acuerdos y asumieran que el conflicto conduce al precipicio. Lo que sucedió en muchos casos es más elemental: la aritmética democrática no les permitió cumplir su voluntad en el Congreso, carecían de los votos suficientes y estaban obligados a negociar. No creo que estuviese en su código genético sino en la circunstancia que vivían.

Realiza una muy buena disección de la nueva mecánica política (el aumento de la competencia, el fortalecimiento del debate público y los contrapoderes frente al ejecutivo, la incertidumbre que acompañó a las nuevas elecciones, la inexistencia de mayorías legislativas...), aunque no sucedió con la misma profundidad en todos los estados de la República. También acierta al evaluar la estela que dejó el 2006. “El mito del fraude... rompió el acuerdo sobre la naturaleza del régimen”. Sí, la desconfianza creció, pero ojo, ninguna fuerza política relevante renunció a las elecciones. Ese proceso de la transición no ha sido suficientemente valorado: el consenso inamovible de que los comicios son la única fórmula legítima para arribar a los cargos de gobierno y legislativos. Eso no sucedía, por ejemplo, en los años setenta, cuando la presunta legitimidad heredada de la Revolución por el lado oficialista y el ensueño de una nueva revolución para franjas importantes de la izquierda impedían el compromiso con la fórmula electoral.

A Felipe Calderón no le va mejor. En efecto, la espiral de violencia que se desató sigue trastocando nuestra convivencia. Su crítica se extiende al PAN y a los compromisos corporativos que mantuvo. Hay también una reconstrucción del clima político-intelectual de los gobiernos posteriores a la transición, plagada de metáforas que oscurecen el asunto. Al contrario, los pasajes sobre la violencia y la barbarie “que se convirtió en rutina”, apoyados en textos literarios, resultan expresivos del desastre e incluso conmovedores.

“LOS PARTIDOS, DISMINUIDOS,  
CON BRÚJULA ERRÁTICA Y LO  
QUE SE QUIERA, SON UN DIQUE;  
NO ‘DESAPARECIERON’. TAMPOCO  
‘PERDIMOS... LOS CONTRAPESOS’,  
COMO SE DICE EN EL LIBRO”.

Tengo, sin embargo, dudas sobre la relación que plantean entre pluralismo y barbarie. Siguiendo un texto de Guillermo Trejo y Sandra Ley se afirma que “el elemento que alteró el equilibrio (entre los anteriores gobiernos y el crimen organizado) fue la competencia electoral”. Cabría preguntarse, ¿por qué, si la competencia electoral y el pluralismo estallaron con fuerza desde la década de los noventa, la violencia criminal creció y creció a partir del 2008? En esa lógica, Silva-Herzog concluye: “nuestro camino a la democracia nos condujo a la barbarie. El otro fruto de la transición fue la violencia”. Creo que debería hilar más fino. Que una cosa suceda después de otra no quiere decir mecánicamente que la segunda sea producto de la primera. Salvo prueba en contrario.

Sigue una merecida tunda a Enrique Peña Nieto (en la que no me detengo). Pero al analizar el Pacto por México creo que toma la ruta corta de la crítica sin mayor análisis. Lo llama un “consenso envenenado” y dice que los firmantes fueron víctimas de ese acuerdo. Creo que en su momento el Pacto estuvo marcado por la necesidad. Ninguna de las tres fuerzas políticas tenía mayoría en el Congreso y acordaron negociar un relevante paquete de reformas, entre otras cosas, para desmontar la idea de que pluralismo es sinónimo de parálisis. Creo que Silva-Herzog estaba obligado a analizar su contenido, sus resultados, los impactos que en diferentes áreas produjo. Fue un programa con luces y sombras, auténticos avances y espacios controvertibles. Pero daba cuenta de una nueva realidad política: que ningún partido en singular podía hacer —en el espacio legislativo— lo que le diera la gana. Una auténtica novedad democrática. Da la impresión de que a Silva-Herzog no le gustó el acuerdo precisamente por ser acuerdo, no tanto por sus contenidos. Algo incomprensible (para mí) dada la mecánica democrática.

Subrayo las que me parecen tres deficiencias importantes del capítulo:

1. Está centrado en las figuras presidenciales (igual que el anterior). Es una disección de las filias y fobias de los titulares del poder ejecutivo, de sus carencias y obsesiones, sus certezas y rasgos de carácter, sus omisiones y proyectos, que sin duda arroja una luz importante para entender ese periodo. Pero no estuvieron solos en el escenario. No hay alusión alguna a las restricciones presupuestales, normativas, políticas, institucionales, que abren o cierran posibilidades.

Es una lectura hiperpresidencialista de la vida pública mexicana, una reedición de esa fórmula que (creo) no nos ha permitido comprender a cabalidad la dinámica de las cosas, porque parece que todo depende de la voluntad o pasividad presidencial.

2. Es muy convincente el argumento de cómo los fenómenos de corrupción por un lado, y de expansión de la violencia y la inseguridad por el otro, mermaron la confianza y adhesión a las instituciones republicanas (incluidos por supuesto los partidos y los políticos). Fueron no sólo fuente de

“LAS FUERZAS POLÍTICAS FUERON CAPACES DE CONSTRUIR UN ESPACIO PARA LA DIVERSIDAD, PERO LOS GOBIERNOS QUE EMERGIERON DEL NUEVO ARREGLO FUERON INCAPACES DE HACERSE CARGO DE LA MAYOR FRACTURA ESTRUCTURAL DEL PAÍS: SU OCEÁNICA DESIGUALDAD”.

desencanto sino de hartazgo. Y Silva-Herzog tiene razón. Nada inyecta más desafecto con la vida política que constatar de modo cotidiano la corrupción impune. Además, la violencia que devastó familias y regiones enteras del país no podía sino generar profunda frustración, tristeza, miedo. Fueron disolventes eficaces del desapego y la crítica a los partidos que impulsaron la transición y causaron el repudio de franjas muy amplias de votantes.

Pero me llama poderosamente la atención una ausencia que me parece decisiva: la dimensión social del asunto, de la que sólo aparecen anotaciones circunstanciales. Ningún régimen político se reproduce en el vacío. El contexto gravita con fuerza. En este caso, el desencanto con nuestra germinal democracia tuvo un nutriente poderoso: un crecimiento económico famélico junto con una pobreza y desigualdad social que parecieron imbatibles. La economía formal no creció con suficiencia, mientras la informal se expandió; la pobreza se mantuvo estable en términos relativos, pero creció en números absolutos; millones de jóvenes no encontraron un futuro promisorio en el mercado laboral, y no sigo. Eso fue una fuente muy importante del fastidio.

Entre 1932 y 1982 el crecimiento de la economía mexicana fue sistemático. Sus frutos nunca fueron “repartidos” de manera equitativa, pero ese crecimiento logró que durante décadas los hijos vivieran mejor que los padres, y eso puede explicar (en parte) el consenso pasivo que existió con los llamados *gobiernos de la revolución*.

Por desgracia, durante nuestra transición y los primeros gobiernos democráticos sucedió lo contrario: una economía incapaz de atender las necesidades de los más y un horizonte de desesperación al constatar que en infinidad de familias los hijos vivirían peor que los padres.

3. En el balance, además, no se valora lo que se creó, fortaleció y recreó en términos democráticos (sobre lo que

no me extiendo). Pero lo fundamental, creo, es que el proceso de transformación democrática no se distingue de los gobiernos. Lo diría de la siguiente manera: el país y sus fuerzas políticas fueron capaces de construir un espacio para la coexistencia y competencia de su diversidad política (experiencia venturosa), pero los gobiernos que emergieron del nuevo arreglo institucional fueron incapaces de hacerse cargo de la mayor fractura estructural del país: su oceánica desigualdad.

Para Silva-Herzog, “la democracia nos encontró sin esqueleto. Llegamos a ella sin los liderazgos necesarios y sin el armazón indispensable, el largo autoritarismo fue... estabilidad fundada en obsequios... sin ley...”, etcétera. En efecto, nuestra incipiente democracia se construyó cargada de debilidades. Hubiese sido mejor contar con un Estado de derecho firme, menos desigualdades sociales, mejor educación y siganle ustedes, pero la historia abre oportunidades y eso fue lo que sucedió. Como decía Hirschman: si uno espera a que todas las precondiciones estén dadas, nada se mueve. Creo que no se comprende que la transición democrática fue una apuesta política, un proceso social y mucha literatura sobre la misma. Tres asuntos conectados pero diferentes (por lo menos analíticamente). No fue un “cuento”, no sé si alguien equiparó “al Dios Progreso con la Democracia” y dudo que haya sido “expresión académica de cierta arrogancia liberal”, como afirma Silva-Herzog. Veamos lo que (creo) sí fue.

*La apuesta política.* Luego de las críticas elecciones de 1988 fue claro que el país ya no cabía bajo el manto de un solo partido político. La crisis postelectoral puso sobre el tapete de la discusión ¿qué hacer? Algunos —no pocos— concluimos que la mejor ruta para el país era la de un cambio pactado, que requería reformas normativas e institucionales para abrir paso a una competencia electoral justa y equilibrada. Era necesario sustituir el viejo autoritarismo por un régimen



Fuente > shutterstock.com

democrático que diera cabida a la pluralidad política existente. Nada garantizaba que ese ruta se tenía que cumplir. Pero nos parecía superior que la de quienes apostaban por el endurecimiento del régimen o creían que el gobierno del presidente Salinas se iba a desplomar. Era necesaria, pues, una transición democrática.

El proceso de transformación, por su parte, inició (según algunos entre los que me incluyo) con la reforma de 1977, que hizo de la necesidad, virtud. Dada la conflictividad que se vivía en el país, desde el propio gobierno se pensó en abrir un cauce de acción a aquellas fuerzas marginadas del mundo institucional y se inyectó un cierto pluralismo a la Cámara de Diputados. Entonces empezó una gradual, zigzagante transformación que fue impulsada y en ocasiones pactada por las principales organizaciones políticas, con el apoyo de asociaciones civiles, académicos, periodistas, organizaciones empresariales, etcétera. Ese proceso, que de manera simplificada coaguló en seis reformas político-electorales entre 1977 y 1996, no fue una ruta delineada por algún político o académico, sino un auténtico proceso político-social que, por la vía del ensayo y el error, de avances y retrocesos, resistencias e impulsos, logró transformar la vida política del país. Sus novedades están a la vista: pluripartidismo, división de poderes, elecciones legítimas y competidas, coexistencia de la diversidad política, ampliación de las libertades. Eso es lo que dio la transición democrática.

Un tercer aspecto es la lectura de ese proceso, que por supuesto es múltiple y encontrada. Hay quien dice que todo fue gatopardismo, que hubo democracia y se dio una vuelta en U, que empezó en 1968, que sólo fue un pacto oligárquico y demás. Pero nadie puede negar (aunque le parezca poco) que México transitó de un sistema monopartidista a uno pluripartidista, de elecciones sin competencia a comicios altamente competidos; de un mundo de la representación monocolor a otro diverso y cargado de contrapesos; de una presidencia omnipotente a una acotada por los otros poderes constitucionales y fácticos; de un Congreso sumiso a la voluntad presidencial a otro cuya actuación sólo se explicaba por su correlación de fuerzas; y de una Suprema Corte que durante décadas fue un cero a la izquierda a un verdadero tribunal constitucional.

Fue un proceso modelado por diferentes impulsos, intereses, lógicas, formaciones políticas, que poco a poco parecía acercarnos al ideal plasmado en la Constitución: una república democrática, federal, representativa y laica. Por ello, ante los resortes en sentido contrario de la presente administración es imprescindible valorar lo construido. Ciertamente: muchos actores nos defraudaron, no estuvieron a la altura de las expectativas, le dieron la espalda a los más pobres. Pero ante los embates autoritarios la defensa de lo construido es fundamental para preservarlo. Y eso sí se encuentra —con gran fuerza— en el texto de Silva-Herzog.



Fuente: Shutterstock.com

A) El primer capítulo es una rica y diversa reflexión sobre los nutrientes intelectuales (conceptuales) del término *democracia*. Creo, sin embargo, que el inicio es inexacto y con una analogía demasiado simple. Según su diagnóstico, “entramos mal” a la democracia:

Sin entender las cargas que suponía el pluralismo, sin reconocer la complejidad de la competencia, sin prever el impacto de la dispersión... Hemos sido incapaces de sostener una conversación... al abrir la competencia, imaginábamos que se desplegaría mágicamente una nueva residencia... Era la fantasía de la elección como reinventora del mundo.

¿De verdad? ¿Quién o quiénes sostuvieron eso? No dudo que algunos en la plaza pública hubieran afirmado que la llave para combatir el autoritarismo era la democracia (lo cual es cierto), o que una vez conquistada todo sería mejor. Pero no hay que exagerar. Se luchó por la democracia como un régimen de gobierno alternativo, no como una varita mágica o un sombrero de mago. En todo caso, si algunos sobrecargaron las expectativas fueron eso, algunos.

A continuación, se hace una analogía entre los personajes de *Esperando a Godot* de Samuel Beckett y la sociedad mexicana a la espera de la democracia. Desafortunada equivalencia porque en efecto, en la obra de Beckett la espera nunca da frutos, Godot jamás aparece. Pero la democracia no es una aparición, no “llega”, no se le espera. Es una construcción humana, no “llegó” a México por sorpresa, ni “nos tomó desprevenidos”. Fue una lenta y compleja construcción que puede reformarse, fortalecerse, erosionarse o incluso desaparecer.

Resulta estimulante y provocadora la recreación de diferentes autores



“SILVA-HERZOG REALIZA UNA CRÍTICA A LO QUE LLAMA LAS TRES TRAICIONES DEL LIBERALISMO: EL HISTORICISMO, ‘LA CEGUERA DEL VICTORIOSO’ Y SU ‘ENCOGIMIENTO INTELECTUAL’, CON OBSERVACIONES IMPORTANTES”.

y corrientes de pensamiento en torno a la democracia, desde ángulos y acentos muy diversos. Rousseau, Tocqueville, los “utilitaristas”, Weber, Schumpeter, Popper y otros son anotados por Silva-Herzog. Una lectura informada que abre puertas y ventanas para asumir la complejidad del tema y su historia, aun si acude a algunas metáforas que no ayudan —creo— a descifrar el tema. “La democracia es el extravío del fundamento”, “la sociedad sin forma”, “una ceremonia de disolución comunitaria”, “un lugar vacío”. No quiero ser abusivo sacando de su contexto estas frases. En la redacción del texto adquieren sentido e iluminan las muchas caras del fenómeno democrático. Pero podríamos convenir que la democracia es un régimen de gobierno —quizá soy de los que vivimos en la “jaula del concepto”, como dice Silva-Herzog—, para contar con una base firme y más o menos consensada para poder iniciar el debate. Porque si la noción es inasible y sobrecargada de significados, será más difícil la conversación.

Ofrezco sólo un ejemplo. Ciertamente para Rousseau la democracia era directa o no era. Autores como Mosca y Michels, siguiéndolo, establecieron que toda delegación acaba por cancelar a la democracia, dado que el mundo de los representantes y los representados, en forma obligada y paulatina, se escinde. En efecto, algo así tiende a suceder. Pero hoy sabemos que la democracia es representativa o simplemente es imposible.

El régimen democrático se puede entender bien si lo contrastamos con los regímenes autoritarios, dictatoriales, totalitarios o teocráticos. El primero se distingue porque aprecia y ofrece un cauce de expresión, convivencia y competencia a la pluralidad política, mientras los otros cuatro combaten el pluralismo y parten de la noción de que sólo existe una ideología, un partido, una voz legítima.

Silva-Herzog realiza una crítica a lo que llama las tres traiciones del liberalismo: el historicismo, “la ceguera del victorioso” y su “encogimiento intelectual”, con observaciones importantes. Pero sigo pensando que la mayor deuda del liberalismo mexicano es su desentendimiento de la cuestión social, así como cierta izquierda ha negado los aportes del liberalismo en la construcción de un mundo medianamente vivible. Creo que, en la conjunción de ambas tradiciones, las que apelan a los dos grandes valores que puso en acto la modernidad (libertad e igualdad), estaría el basamento de una mejor política para hoy y mañana. ■

Jesús Silva-Herzog Márquez, *La casa de la contradicción*, Taurus, México, 2021.

NOTA

<sup>1</sup> Por cierto, un error: Se dice en la página 76 que en el año 2000, cuando Fox arriba a la presidencia, “29 de las 32 entidades eran gobernadas por el PRI”. Es inexacto y no ayuda a comprender el proceso transicional. Para ese año el PAN gobernaba Baja California, Guanajuato, Chihuahua, Querétaro, Nuevo León, Jalisco y Aguascalientes; y el PRD, el Distrito Federal, Zacatecas, Baja California Sur, Nayarit y Tlaxcala (en algunos estados, en coalición).

*El indeclinable sentido del humor, la devoción por las letras y una bonhomía a prueba de todo fueron sello del escritor, crítico, periodista y guionista Gerardo de la Torre, fallecido el 8 de enero pasado. Tres años antes, Taller Editorial Cáspita publicó su libro Instantáneas. 18 viñetas sobre la vida y sus esquinas, en edición de cien ejemplares hechos a mano, numerados y firmados por el autor; en ellos ofrece chispazos sobre y con personajes de la cultura mexicana. Recuperamos aquí tres episodios, con un comentario de Javier Elizondo.*

# INSTANTÁNEAS

## RECOBRADAS

GERARDO DE LA TORRE

PRESENTACIÓN

JAVIER ELIZONDO GRANILLO

**G**erardo fue. Murió, ni modo. Pero es; siempre va a ser. Arpón y ballena. Océano (furioso y noble) y el cielo que lo abarca. La noche en que murió, en casa sonamos "La Internacional" y lloramos. Apagamos la luz, encendimos una vela y nos embriagamos. Al ir a acostamos, yo no paraba de repetir "¡Diga!", como contestaba Gerardo el teléfono, con la voz segura, ronca, de pecho, firme hasta la hora de sus últimos alientos. Terminar una llamada con él era una ceremonia: por cada despedida se lanzaba a tres nuevas ideas o anécdotas o preguntas. Preguntaba muchas cosas; hablaba muchas palabras. Parecía que no podía parar pero, más bien, no quería. Todas las borracheras que encontramos juntos comenzaron con su trágico "Yo ya casi no tomo". No quería parar la vida de buque que llevó durante 83 años. ¿Para qué? La primera vez que hablé con él por teléfono —quedé completamente deslumbrado por su

*Ensayo general* (1970) y quería conocerlo— me dijo: "Llámame cuando termine la Serie Mundial y nos echamos unos tragos". Ganaron los Astros. Yo tomé tequila; mi esposa, Jenny, tomó vodka y él, whisky. Así nos hicimos amigos. Nos quedan sus muchos libros. Su voz y el inconfundible "¡Chau!" con el que, al fin, terminaba la llamada.

A continuación, tres estampas de Gerardo escritas por él mismo. Estampas decididamente *gerardas*. Forman parte de un conjunto de dieciocho "viñetas sobre la vida y sus esquinas" que publicamos en el Taller Editorial Cáspita, en un libro titulado *Instantáneas*, sobre algunos de sus encuentros con quienes él entendía que eran sus maestros y colegas; también sus amigos, con el tiempo. Y de su largo, hondo viaje por lo que amó más que cualquier otra cosa: el oficio de escribir.

Hasta uno de estos días, Gerardo. ¡Chau! 📧

### ¿POR QUÉ SALAMBÓ, JOSÉ EMILIO?

**U**na vez me gasté la quinceña entera en una orquídea —dijo José Emilio Pacheco treinta años después. Habían ocurrido ya *Morirás lejos* y *Las batallas en el desierto*, y estaba por conferírsele el Premio Nacional de Letras, aún muy lejos del Reina Sofía que se le otorgó en 2009.

Aquel magnífico ejemplar de orquídea se hallaba destinado a adornar la gracia de una por entonces muy joven actriz que se iniciaba en las lides teatrales y al cabo de unos años, guapa y embarneada, saltaría al cine y luego a la televisión, donde en las telenovelas haría de dama joven y perduraría hasta nuestro tiempo como esposa, madre, abuela, bisabuela, ¡ay!

A finales del año 1957 (José Emilio tenía dieciocho años; yo, diecinueve) formaba yo parte de un grupo teatral del Seguro Social que se reunía en la Casa de la Asegurada de Obrero Mundial y Vértiz (donde hay ahora una tienda del ISSSTE). El maestro de actuación era Carlos Ancira, casado con Thelma Berny, prima de José Emilio. En la Casa de la Asegurada ensayaba por esos días, bajo la dirección de

Ancira, un grupo de alumnos de la escuela de la ANDA al que pertenecía la joven actriz. Una vez a la semana, o cosa así, José Emilio acudía a visitarla y le llevaba flores. En una de esas me puse a conversar con él.

A sus dieciocho años Pacheco destacaba ya en el ámbito de las letras y preparaba la publicación de *La sangre de Medusa*, su primer libro de cuentos. Le dije que me gustaba leer y en ocasiones me atrevía a escribir. Quería escribir poesía y novelas de intención social, dije, y a la vez confesé que era yo un absoluto ignorante. Leía sin darme cuenta si probaba literatura buena, mala o pésima, aunque sin duda se trataba de literatura entretenida. José Emilio me miraba como a bicho raro, quizá porque al principio revelé que jugaba fútbol americano en un equipo Politécnico. "¿Cómo puede ser que te guste el fútbol americano y la literatura?". No supe qué decir.

Una de aquellas tardes, eso sí, le llevé un soneto que había estado puliendo (según yo) durante varios días. José Emilio lo leyó con gran concentración, luego se tomó unos minutos para cavilar antes de revelarme la amarga verdad.

—Mira —me dijo—, la métrica y las rimas están muy bien. Pero tu poema no tiene nada de poesía.

Dios no me había puesto en ese camino, entendí, y el comentario me retiró para siempre de la escritura de poemas.

Ya no me atreví a presentarle otro texto para que lo juzgara. En cambio, le pedí que me recomendara buenas lecturas. Sin mucho reflexionar sugirió que me consiguiera una antología de poesía española que recogía textos de Ángela Figueroa Aymerich, Gabriel Celaya Cincuenta, Blas de Otero y otros poetas de compromiso social; además, unos cuentos de Albert Camus reunidos en *El exilio y el reino*, y *Salambó*, de Flaubert.

Al día siguiente me fui a la librería Zaplana de avenida Juárez casi con Bucareli y adquirí esos títulos y me puse a leer con desenfreno. Poco después volví a ver a José Emilio en la Casa de la Asegurada y esta vez le pedí nombres de buenos autores policiacos. Por entonces leía yo con denuedo ciertas noveluchas de crimen que publicaba Editorial Novaro, firmadas por autores como Bart Carson, Edgar Wallace y Arthur Upfield, o bien me limitaba a esa literatura del asesinato en el jarrón veneciano producida por Dorothy Sayers, Agatha Christie, S. S. Van Dine.

—De policiacos no sé nada —dijo José Emilio—, pero la próxima vez voy a traer a Monsiváis, que es experto.

En efecto, una o dos semanas más tarde compareció con Carlos Monsiváis. Y aunque no recuerdo con exactitud qué títulos o autores sugirió Carlos, sí estoy seguro de que me señaló una línea de avanzada.

Así, a Monsiváis le debo en buena medida las satisfacciones que he hallado en la novela negra. Hammett y Chandler y también Patricia Highsmith, Jim Thompson, James M. Cain, Ross McDonald y en años recientes Dennis Lehane, Andrea Camilleri, Petros Márkaris, Henning Mankell, y Brian Freeman, para mencionar unos cuantos.

José Emilio Pacheco fue el primer escritor que traté y en primer término le debo mi aproximación a Camus. A partir de *El exilio y el reino* leí y veneré la obra entera del autor francés: novelas, obras de teatro, ensayos. Todavía no hace mucho retomé *El extranjero* y *El hombre rebelde*. Y lo más curioso es que al comenzar 2015 encontré una nueva edición de *El exilio y el reino*, libro que había perdido de vista durante décadas.

De aquellos años a esta parte me he seguido preguntando por qué el autor de *Las batallas en el desierto* me recomendó *Salambó*. Y me digo que quizá porque esta novela cartaginesa contiene elementos históricos y movimiento de masas.

En Oaxaca, en 2009, cuando homenajeamos a José Emilio en el teatro Macedonio Alcalá, se lo pregunté.

Dijo José Emilio que no recordaba haberme recomendado *Salambó*.

### CON FUENTES Y EL GABO

Juan Manuel Torres obtuvo en 1975 el Ariel de Oro (compartido con *El Indio Fernández*) por su película *La otra virginidad*. Al año siguiente recibió la misma presea el filme *Actas de Marusia*, del director chileno Miguel Littín, asilado en México tras el golpe militar pinochetista de 1973. Entre esas dos entregas Juan Manuel me invitó a recibir el año 1976 en la casa de Littín, en la colonia Country Club, en Churubusco. Una reunión que congregó sobre todo a gente de cine y algunos escritores. Hubo buenos tragos, buena cena, y después de los brindis y los abrazos de medianoche Torres, Littín y casi todos los allí reunidos cantamos "La Internacional". Eran tiempos de fe, de convicciones, de optimismo.

En esa jornada entrañable, al filo de las dos de la mañana aparecieron Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez. Ante la presencia de esas dos figuras de las letras —por entonces había publicado yo un par de libros de cuentos y dos novelas que no acababan de convencerme— me sentí vibrante y emocionado. Me uní al grupo que departía con Fuentes, y cuando el autor de *Aura* y *Terra Nostra* habló del padecimiento conocido como gota y de escritores gotosos, en voz alta me anoté en la lista que incluía a Octavio Paz y al propio Fuentes.

—Pues toma Zylprim —aconsejó Fuentes— y puedes comer y beber lo que quieras. La gota —agregó— no es



Gerardo de la Torre (1938-2022).

“YA ANTE GARCÍA MÁRQUEZ DIJO  
LA CHINA: —MIRA, GABO, TE PRESENTO  
A NUESTRO OBRERITO MUNDIAL.  
GARCÍA MÁRQUEZ ABRIÓ LOS BRAZOS  
Y ADOPTÓ UNA ACTITUD DE INOCENCIA.  
—PUES YO SOY EL NIÑO PERDIDO —DIJO”.

enfermedad de ricos ni de aristócratas, sino de escritores.

Y mencionó a Joseph Conrad y a otros que yo no conocía ni por las tapas de un libro.

A partir de entonces, aparte de afiliarme al Zylprim (denominación comercial del alopurinol que hasta la fecha tomo), asumí como una bendición el padecimiento heredado de un abuelo.

Poco después fui arrancado del coloquio con Fuentes por *La China* Mendoza.

—Ven —me dijo *La China*—, voy a presentarte con el Gabo.

Y, en efecto, me condujo apresurada a otro punto del recinto donde se hallaba el autor colombiano.

(Hay una historia previa. Un par de años antes, Elena Poniatowska me había citado, para entrevistarme, en una casa de la esquina de Morena y Gabriel Mancera que había sido de ella y en esa época alojaba a la editorial Siglo XXI. Allí nos encontramos y luego, en el auto de Elena, fuimos en busca de un café. Tomó la escritora la avenida del Obrero Mundial y posteriormente, en el texto que publicó en el diario *Novedades*, mencionó que de manera inconsciente había tomado esa calle quizá porque yo había trabajado en la refinería de Azcapotzalco y escribía de temas obreros. La entrevista bastó para que desde entonces María Luisa Mendoza y otros me endilgaran el apodo de *Obrerito Mundial*).

Y ya ante García Márquez, en aquella reunión de año nuevo, dijo *La China*:

—Mira, Gabo, te presento a nuestro *Obrerito Mundial*.

García Márquez abrió los brazos y adoptó una actitud de inocencia.

—Pues yo soy el Niño Perdido —dijo.

Y no faltó quien notificara que en la unión de las colonias Álamos y Narvarte las avenidas Obrero Mundial y Niño Perdido (hoy Eje Central) hacen esquina.

### EL GRAN PETRÓVICH

... Empecé a tratar a Armendáriz junior hacia 1980. Eran tiempos difíciles para el cine mexicano. Gobernaba el país José López Portillo, quien colocó a su hermana Margarita al frente de la cinematografía. Pronto, el cine nacional se hundió en el marasmo y mucha gente de la industria (directores, fotógrafos, editores, escritores, técnicos e incluso choferes, utileros y demás) emigró a la televisión.

Por esos años comencé a trabajar en la casa productora Arte/Difusión. Hacíamos para la tele programas culturales y educativos en los que participaban directores como Felipe Cazals, Gonzalo Martínez, Sergio Olhovich, Alberto Bojórquez, Jorge Fons, Arturo Ripstein, Julián Pastor, Alberto Mariscal... Yo era guionista y coordinador de guionistas. Pedro Armendáriz llegó como jefe de producción. Nos hicimos buenos amigos y días más menos, aparte de la discusión de ideas, proyectos y enmiendas, nos sentábamos a comer en el restaurante de los Estudios Churubusco y no desdenábamos güisquis y tequilas. Uno que otro viernes, en etapas de soledad o saciedad conyugal, nos refugiábamos en el Antillanos de la colonia San Rafael y bailábamos salsa con irreprochables desconocidas.

Pedro era un hombre afable y de gran sencillez. En los foros cinematográficos (que frecuentó desde niño, acompañando a su padre) se llevaba bien con el mundo entero, del director al más humilde ayudante. Aún hoy, con frecuencia me parece oírlo dirigiéndose a un compañero actor, al fotógrafo, al utilero: "¿Qué hubo tú, cara de sopa?". Todos éramos cara de sopa. [...]

En 1977 Antxón Eceiza y Armendáriz se hallaban en Moscú, invitados al festival de cine para presentar el filme *Mina, viento de libertad*, dirigido por el vasco Eceiza, quien era simpático declarado de la ETA (Euskadi Ta Askatasuna, País Vasco y Libertad) y no se sentía nada cómodo en la Unión Soviética.

Una mañana —refirió Antxón— estando en el baño escuchó golpes muy fuertes en la puerta de la habitación y una voz profunda, muy rusa, que decía algo como: "*Vrinska vresivaiais skaravinskaia bialuski, ipasport!*". Y de nuevo los golpes y la voz rotunda: "*Sviodesk soravkaskjo margania traskeren, ipasport!*". Deprisa, nervioso, abandonó Eceiza el baño y se puso a buscar en la maleta el documento que entendía le solicitaban. Mientras, el vozarrón y los golpes, cada [vez] más sonoros, resonaban en el cuarto, y una y otra vez destacaba la palabra "*pasport*". Al fin, con el pasaporte en la mano y el cinturón aún sin abrochar, Antxón abrió la puerta y se encontró con el sonriente rostro de Petróvich Armendáriz. ¡Pinche Pedro! 🇺🇸

La improbable amistad de un aspirante a escritor —que tenía entonces 19 años— y uno ya formado, maduro —de 56— permitió que a lo largo de los años disfrutaran lecturas, algunas copas, mesas de dominó, música, impresiones sobre cine y varias madrugadas pero, sobre todo, fue la vía para que el maestro compartiera sin reservas su experiencia vital. Gerardo de la Cruz, quien además fue alumno de De la Torre en el taller de cuento que éste impartía, rememora esa relación desde su inicio, a bordo de un autobús, cerca de la Sogem.

# UN RECUERDO

## SIN DOBLECES

GERARDO DE LA CRUZ

@gdelacruz

Gerardo de la Torre veía la vida como una gran celebración, como Fellini al final de *8½*, por eso le gustaban la fiesta y el relajo, aunque no se reflejaba del todo en su literatura, incluso cuando buscaba la risa; la vena trágica —dostoievskiana, diría él— terminaba ganándole, siempre con inteligencia y mucha tensión, a veces con etílica amargura. La risa se siente contenida en sus letras, pero fuera de páginas, qué manera de reír a pierna suelta, no perdía ocasión para arrojar un comentario chusco o encontrarles el doble sentido a las cosas.

Yo lo conocí en un pesero a las afueras de la Escuela de Escritores de la Sogem... Corrijo: yo lo conocía por sus escasos guiones de *Fantomas*, mi héroe de infancia, el que afirmaba que "no hay imposibles para la mente humana", del cual me había hecho lector acérrimo desde los diez años; como buen fanático de la historieta, gastaba mis ahorros rastreando los viejos números y me imaginaba escribiendo las nuevas aventuras de *La Amenaza Elegante*. Luego la literatura de la Onda y su aliento de rebeldía se colaron en mi vida y el nombre de Gerardo de la Torre, gracias a José Agustín, se me quedó grabado sin haber leído casi nada de él.

No deja de ser gratamente azaroso ese momento en que uno tropieza con el destino. Yo tenía 19 años y era uno de mis primeros lunes en el diplomado de la Sogem. Gerardo tenía 56 y se dirigía a su departamento de Vértiz y Xola, que entre becas y premios acababa de comprar; yo bajaba un poco antes, en San Borja, donde transcurría mi feliz vida de estudiante becado por mi tía. Recuerdo a Gerardo esa noche de 1994, muy serio a mi lado, bien erguido, aguardando el pesero en División del Norte y Héroes del 47. Cuando llegó el micro me cedió el paso. Abordé el vehículo y comencé a hurgar en mis bolsillos los pocos pesos que costaba el viaje; atrás de mí, impaciente, De la Torre me urgió para que avanzara, "pasa, ahora pago"... Y antes de que protestara, le dio cinco pesos al conductor y me obligó a moverme para alcanzar asiento, pues en cuestión de una parada solía llenarse. Cuando por fin pude acercarme para pagarle, le pregunté si en efecto era Gerardo de la Torre. "Eso dicen", respondió seco. "Usted hacía *Fantomas*, ¿verdad?" Él frunció el entrecejo, se llevó el índice de la mano derecha a la punta de la nariz y, como quien mira dificultosamente un pasado sobre el que tiene mucho

que decir —gesto muy suyo—, precisó: "Hice algunos números, muy al principio; pero no me hables de usted, van a pensar que soy decente", y para no adjudicarse méritos ajenos, agregó: "Pero quien hizo realmente al personaje fueron Guillermo Mendizábal y Gonzalo Martré, mi aportación...", se interrumpió, "San Borja, aquí te bajas", y pidió parada por mí.

Le reiteré mi agradecimiento y me despedí. El camino a casa se hizo liviano, etéreo. No conocía la obra de Gerardo de la Torre, pero ese encuentro me dejó perplejo. ¿Así eran los escritores? ¿No todos eran orgiásticos como Arreola? ¿Inalcanzables como Paz? ¿Dañados como Parménides García Saldaña? No volvimos a viajar juntos en el lapso de un año, básicamente porque después del penoso encuentro, lo evitaba. Hasta que llegué a su taller de cuento, que impartía desde que inició el diplomado de la Escuela de Escritores.

Su tarea como maestro comenzaba pasando lista, porque aprenderse los nombres de quienes tenía enfrente era un gesto democrático, un mínimo reconocimiento de paridad: Avélica Leyva, Héctor; Burgos Becchio, Facundo Ezechiele, ¿lo pronuncié bien? Cabrera Fonte, Pilar... ¿eres algo de Luis Cabrera? González de

la Mota, Gerardo de la Cruz —alcé la mano—, "según sus amigos en el segundo apellido lleva la fama", y así se iba aprendiendo el nombre de todos los que pasaban por su aula. Enseguida daba principio a la clase de cuento. Para él no había secretos ni fórmulas mágicas, sólo recomendaciones puntuales, trabajo, rigor para construir un texto eficaz; leer mucho y de todo, corregir sin condescendencia: el genio del autor vendría por añadidura. De esas clases y sus muchas lecturas salió un *Catecismo de la narrativa*, disponible en Scribd.

Un día, en el primer mes de clases, lo alcancé en las escaleras y le dije que íbamos a estar en el bar de La Doña, un restaurante a unos metros de la escuela. "Tengo algo que hacer, pero les caigo un rato", dijo, y media hora después se apersonó en el oscuro bar. Entre charlas de literatura, cine, asuntos vitales, mujeres, política, recuerdos, fallidas estrategias de dominó, el rato previsto se prolongó hasta que cerró el restaurante y propuso continuar la conversación en su casa. Fuimos los indispensables para sostener una partida de dominó. Jugamos, bebimos, conversamos toda la noche, y hasta que alguien, tambaleante, se animó a despedirse reparamos en la hora: en la madre, ya iban a dar las cinco. A partir de ese día la escena se reprodujo —dominó, cine y literatura de por medio— semana tras semana durante años, con los mismos y distintos personajes.

En La Doña coincidimos la mayoría de sus alumnos; en su casa conocimos a varios de sus amigos —vivos y muertos, como Juan Manuel Torres— y a sus hijos Yolanda y José Gerardo. ¡Cómo nos padecieron durante esa fiesta interminable que fue su amistad! Las botellas de vino y de güisquí se iban enfilando una a una en su apretada cocina, mientras yo escanciaba una jarra de café taza a taza.

El taller de Gerardo terminaba en la escuela, pero las clases de verdad las impartía lejos de nuestros borradores, al calor de su amistad. Obsequiaba libros, ropa, chamarras azules que tenía de rojo, corbatas, computadoras, Rolex que adquiría a cincuenta pesos en el tianguis, sus antologías musicales que eran una suerte de biografía sentimental, y lo más importante, brindaba sin regateos su experiencia vital. Nada se guardó y sólo pedía una cosa a cambio, que fuéramos fieles a nuestros principios, aunque nos equivocáramos garrafalmente. Sin dobleces, como él se propuso vivir. ■

"JUGAMOS, BEBIMOS,  
CONVERSAMOS TODA LA  
NOCHE, Y HASTA QUE ALGUIEN  
SE ANIMÓ A DESPEDIRSE  
REPARAMOS EN LA HORA:  
YA IBAN A DAR LAS CINCO".



José Agustín y De la Torre.

Fuente: pinterest.com.mx



El autoescarnio, la desesperación, el humor ácido del sarcasmo, la experiencia del absurdo y el rechazo a la complacencia son algunos de los elementos que dan forma a esta novela radical de Ari Volovich, bajo el sello de Editorial Moho. La marginalidad aparece como una suerte de pulsión irresistible y el infortunio puede transfigurarse en el ridículo, sin excluir territorios políticos o religiosos, entre las revelaciones de un espejo que acaso preferimos mantener a la distancia.

# ALUCINAR EN LA SINAGOGA

FEDERICO GUZMÁN RUBIO  
@feguz77

La desesperación y el humor son una mezcla extraña y feliz, y son los dos componentes con los que está elaborada *Mi lucha*, la novela reciente de Ari Volovich. Hay muchas, muchísimas novelas que tratan sobre la crisis de un hombre en la mediana edad —tan es así que podría ya hablarse de una *novela de la decadencia*, sórdido complemento de la *novela de aprendizaje*—, pero por suerte el tratamiento de ésta es diferente. No hay rastros de la épica diminuta ni de la autoindulgencia cursi con la que los cuarentones suelen enfrentar, o más bien negar, el fracaso que ya se anuncia como irrevocable. Tampoco hay una romantización de la derrota que, salvo en los diarios de Ribeyro y en alguna novela de Vila-Matas, suele ser un artificio que nadie se cree. Lo que sí está presente aquí es una serie de cuadros a través de los cuales Oz, el protagonista, judío ateo, pierde el tiempo en redes sociales, finge que busca trabajo, se emborracha ante la menor oportunidad (que siempre la hay) y emprende una crítica ácida contra el sistema imperante, al que, obviamente, se muere de ganas de pertenecer.

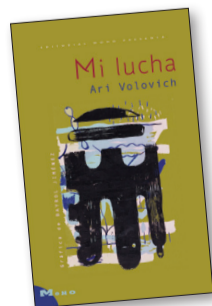
Célebremente Marx sentenció que la historia primero se repite como tragedia y después como farsa, lo que quién sabe si sucede en las corrientes históricas, pero desde luego es válido para los géneros literarios. Volovich es consciente de que a estas alturas leer otra novela de realismo sucio, repleta de alcohol barato, cocaína y desamor, resultaría insostenible, por lo que decidió llevar el subgénero al terreno de la sátira, en la que él es el principal objeto de la burla. De esta forma construye una novela más meditada de lo que aparenta su aire espontáneo, como lo muestra la estructura dividida en cuentos casi independientes que van formando un simpático e inclemente fresco del sinsentido. Cada uno de estos episodios, algunos hilarantes leídos de manera autónoma, van cavando el pozo en el que, entre risa y risa, el narrador y protagonista acabará arrojándose entusiastamente.

Volovich, nacido en Jerusalén, mexicana el característico humor judío,

lo que da por resultado un Woody Allen de cantina o un Philip Roth de la colonia Narvarte. La condición judía está, además, muy presente en todo el libro, también de manera novedosa. Hannah Arendt identificó dos actitudes posibles frente a la "judeidad": la del advenedizo, que borra su identidad para lograr insertarse en la sociedad antisemita, y la del paria, que asume su origen aunque esto implique convertirse en un marginado. La marginalización de Oz no tiene un componente antisemita y su renuncia a la religión podría acercarlo a la figura del advenedizo, sin embargo, a causa de su imposibilidad para integrarse en cualquier círculo social mínimamente respetable, Oz es un paria modélico.

En efecto, *Mi lucha* —título desafortunado pues el chiste, además de gastado y sin gracia, ya no escandaliza a nadie—, puede leerse como una serie de intentos fallidos por parte de Oz para integrarse a algo, lo que sea, con tal de que sea razonablemente bien visto. Con cierta picaresca, logra, por ejemplo, que lo inviten a una fiesta para festejar el triunfo de López Obrador, en la que se empezarán a reparar algunos puestos y huesos, pero el torpe Oz sólo consigue que lo corran a patadas. Lo mismo sucede en ámbitos tan variados como una reunión de artistas jaliscienses, el ejército israelí e incluso en una fiesta infantil a la que acude por obligación, sin ni siquiera tener hijos que justifiquen tal tortura, episodio que remite al inicio de una de las novelas del noruego Knausgård, también titulada *Mi lucha*.

OTROS DOS CÍRCULOS que excluyen a Oz resultan muy significativos, por su



“NO HAY RASTROS DE LA AUTOINDULGENCIA CURSI CON LA QUE LOS CUARENTONES SUELEN ENFRENTAR EL FRACASO QUE YA SE ANUNCIA”.

carga política y teológica. Uno es un periódico sionista que le pide una colaboración que predeciblemente es rechazada por sus cuestionamientos a la política israelí, y el otro es, para no andarse con medias tintas, la sinagoga, la institución judía por excelencia. Oz acude a una boda en una sinagoga e, improbablemente, encuentra una pastilla de MDMA en el baño. De forma por primera vez práctica en su vida, no le da vueltas al asunto y la ingiere. Tras algunas alucinaciones y un diálogo con el Dios severo del Antiguo Testamento, Oz despierta varias horas después, solo, en medio del templo vacío. Son los otros judíos quienes se han marchado al banquete y la fiesta, mientras que él, último miembro auténtico de su antigua estirpe, deambula perdido en la sinagoga abandonada.

Por último, un logro de la novela es que la agudeza, la burla y el autoescarnio no están presentes sólo en la construcción de situaciones absurdas, sino que penetran en la construcción de cada frase. El ingenio de Volovich alcanza su punto más alto cuando lo dirige contra sí mismo, por ejemplo, cuando describe su cotidianidad: “Los días transcurren agitados y lentos, como una suerte de reguetón compuesto por J. S. Bach. La búsqueda de empleo no ha rendido frutos. Únicamente consulto LinkedIn para atender mis filias masoquistas”. El lector sonríe divertido, pero la sonrisa de inmediato se convierte en una mueca incómoda, ante la aterradora posibilidad de reconocerse en Oz. Porque el mundo que habita es el nuestro, y el fracaso, con cualquiera de sus mil caras, siempre nos está esperando. ■

Ari Volovich, *Mi lucha*, Moho, México, 2021.

## AL MARGEN

Por  
**VEKA  
DUNCAN**  
@VekaDuncan

## ARTE NOVOHISPANO A LA DERIVA

Desde que Citigroup anunció la venta de Banamex, el destino de su vastísimo acervo<sup>1</sup> ha inquietado a la comunidad cultural y al público que a lo largo de los años ha podido gozar de él a través de sus inmuebles históricos, exposiciones y publicaciones. El tema ha tomado también un importante protagonismo en la discusión pública, generando especulación que ha abarcado desde su desmantelamiento y venta en el extranjero, hasta la posibilidad de que pase a manos del Estado. Si bien es un hecho que muchos de estos escenarios son improbables gracias a esfuerzos previos que no permiten que este acervo salga del país ni se desarticule, el nerviosismo que muchos sentimos tiene un trasfondo que va más allá del caso de Banamex en particular, pues se inscribe en la nula protección con la que cuenta el arte producido durante trescientos años de nuestra historia, que es uno de los aspectos estelares de esta colección.

**ENTRE LAS MÁS** de cuatro mil obras de arte que hoy forman parte del patrimonio cultural de Banamex hay una gran presencia de arte novohispano, incluso es considerada una de las colecciones más importantes de este tipo en el país. Su acervo también incluye, por supuesto, firmas fundamentales de la pintura de los siglos XIX y XX, pero esas obras, particularmente las últimas, son objeto de estrictas protecciones legales e institucionales. Lo mismo puede decirse del arte prehispánico. El del periodo virreinal, en cambio, es saqueado y vendido con total impunidad. Es decir, ante la incertidumbre de lo que sucederá con Banamex, me pregunto si estaríamos igual de preocupados si su colección constara de antigüedades precolombinas o exclusivamente de arte postrevolucionario. Estoy dispuesta a apostar que no.

Para entender mejor esta problemática hablé con Alan Rojas Orzechowski, quien es doctor en Historia por la Universidad Iberoamericana y especialista en el periodo virreinal. Tiene, además, una amplia experiencia en temas de coleccionismo, al haber trabajado en museos tanto públicos como privados formados a partir de colecciones particulares, entre ellos el Museo Casa-Estudio Diego Rivera y el Museo Kaluz, donde ahora ocupa el puesto de coordinador de exposiciones.

“Históricamente, el arte novohispano ha sido poco valorado”, me dice Alan, contundente. “Desde luego tenemos grandes estudiosos del tema, pero lo cierto es que ha sido desdeñado a partir de la segunda mitad del siglo XIX, desde una tradición liberal en la que se veía que el proyecto de nación al que se aspiraba no tenía concordancia con ese pasado virreinal o colonial. Tanto los inmuebles como el patrimonio mueble desaparecieron; en el caso del segundo, las piezas fueron vendidas y sacadas del país sin ningún registro claro de ello”.

**A RAÍZ DE LAS LEYES** de Reforma y la desamortización de los bienes eclesiásticos, la ideología comenzó a jugar un papel importante en la manera en que valoramos la producción cultural del Virreinato. Más allá de afinidades personales o de que entendamos las acciones de los liberales decimonónicos en su contexto —con la Independencia y las invasiones extranjeras tan a flor de piel—, es un hecho que desde entonces lo político ha atravesado nuestra mirada cuando de arte se trata.

A esto habría que sumar el proyecto cultural emanado de la Revolución, que estuvo marcado por un espíritu indigenista y de recuperación del pasado prehispánico. Fue bajo esa luz que mucha de la legislación todavía vigente tomó forma.

“Lo arquitectónico está más protegido, pero en el patrimonio mueble —que es la cultura material que nos queda de ese tiempo, llámese arte pictórico o decorativo—, esa protección es mucho menor”, continúa Alan y señala una penosa realidad: “Las piezas prehispánicas son más celosamente resguardadas e incluso perseguidas. ¿Cuántas veces has escuchado que el gobierno mexicano intente detener una subasta de Christie’s o Sotheby’s en la que se está vendiendo un Villalpando? Nunca. Y estas obras que están fuera del país pasan de mano en mano sin que sepamos dónde van a parar. También hay tráfico de arte novohispano. Ha habido muchos casos de venta de obras saqueadas de iglesias en ámbitos rurales. Algunas de esas piezas están catalogadas, pero no cuentan con el mismo grado de protección”.

**¿ES MENOS PEOR** un saqueo a una comunidad cuando la pieza robada es la pintura de un retablo o una escultura procesional que una piedra labrada de un sitio arqueológico? A veces pareciera que legal



Fuente > Jackie Hope / unsplash

e institucionalmente sí, pero al ver las comunidades agraviadas por el tráfico ilícito, la mayoría de las veces tienen una relación más cercana con el arte sacro virreinal. En esas comunidades, el patrimonio no es sólo un objeto bonito que se exhibe para apreciarse por su valor estético o histórico: se trata de un patrimonio vivo y eje central de la vida social.

El robo que impera actualmente habría que contextualizarlo dentro de un saqueo histórico que incluso pasa por lo gubernamental. No olvidemos que, retomando la Reforma, el propio Estado saqueó iglesias y conventos, de cierta forma institucionalizando esta práctica. Seamos sinceros: el arte sacro que hoy apreciamos en las colecciones virreinales de los museos públicos muy probablemente fue sustraído de un contexto religioso.

Aunado a esto, los pinceles novohispanos no son considerados *artistas monumento*, como sí lo son Diego Rivera y compañía. “Éstos son candados o protecciones jurídicas de las que no goza el arte novohispano, desafortunadamente”, concluye Alan.

Ojalá el caso de Banamex sea un parteaguas para abrir este debate, entre muchos otros, sobre el coleccionismo y el mercado del arte en nuestro país, el cual pueda llevar a una discusión mucho más amplia sobre nuestras leyes de patrimonio. ■

## NOTA

<sup>1</sup> Cuenta con cinco inmuebles históricos del periodo virreinal en la Ciudad de México, Mérida, San Miguel de Allende y Durango; una colección de arte y arte popular de 4,091 obras de los siglos XVII a XXI; una colección de numismática con 2,400 piezas; una biblioteca de tres mil volúmenes; un archivo histórico de casi 100 mil ítems.

“EL PROPIO  
ESTADO SAQUEÓ  
IGLESIAS  
Y CONVENTOS,  
DE CIERTA FORMA  
INSTITUCIONALIZANDO  
ESTA PRÁCTICA”.

**HE VISITADO BARES GAY** en Montebello, North Haverbrook y Cocula. Pero nunca había pisado el Tom's. He realizado peregrinajes escabrosos (el Camino de Santiago se queda corto) para desmadrarme en antros remotos, perdidos, encantados, maldecidos. Y sin embargo, nunca había comulgado en uno de los templos del barrio, situado a sólo unos pasos de mis aposentos a un ladito del Parque México. Una de las mayores atracciones de la Condesa, y yo sin conocerlo. Había que remediarlo.

Se lo conté a la Wencesloca una noche saliendo de un concierto.

Ah, qué bien que me lo dices, porque el dueño te quiere conocer, me respondió y nos lanzamos en un pUber a Insurpipol.

Cuando llegamos estaba la cortina bajada. No recuerdo la hora. Pero es posible que fuera de madrugada. Veníamos de una barra libre. El karma es la mejor de las monedas. No existe nada que me guste más en la vida que drogarse o emborrachar a la gente. Y en ocasiones el cosmos me retribuye. La Wencesloca tocó la puerta, no recuerdo si de manera especial, o vociferó una contraseña, pero en chinga nos franquearon la entrada.

La Wencesloca es una de las consentidas del lugar. Y gracias a ello apenas entré me estamparon un sticker en el pecho. Portarlo significaba que podía beber gratis todo lo que quisiera. Estarán de acuerdo en que dos barras libres en una noche es lo mejor que le puede pasar a un borracho. Es el equivalente a ligarte a una morra y luego salir con tu cuñada.

No te acerques al cuarto, me advirtió el bato que nos dio acceso. Si quieres orinar, ve arriba.

No estaba paniqueado. Después de entrar a "La escuelita", el cuarto oscuro de los Baños Roñal de Torreón, ver esa masa de carne amorfa sobre la cama sado del Sodome o las peleas de sables en el Rancho Loco de Tijuana, estoy curado de espanto. Me asombró que bastaron unos segundos en la penumbra del Tom's para que el bato éste me catalogara como buga. ¿Acaso soy tan transparente? No puedo ni pasar desapercibido ni pasar por uno de ellos.

Afuera el viento helado soplaba por la avenida desierta pero dentro parecían las diez de la noche. Lo primero que me latió del Tom's fue su distribución. Un corredor largo rematado por un balcón desde donde se domina todo el bar. Me recordó al table de la serie *The Wire*, donde



**"MÁS DE UNA FIESTA BUGA SE MORIRÍA DE ENVIDIA DEL NIVEL DE AMBIENTE QUE EXHIBE EL TOM'S".**

despacha Avon Barksdale, pero con strippers homo y canciones de la Trevi.

Después de darme un tour, la Wencesloca y yo nos instalamos en la barra. Más de una fiesta buga, de las que se realizaban decenas alrededor, se moriría de envidia del nivel de ambiente que exhibe el Tom's sus sábados por la noche. Y qué mejor lugar, tanto si eres gay o buga, para combatir el aburrimiento, para mentarle la madre a la soledad, para embriagarte como desahuciado, que bronceado por las luces del Tom's. Una noche de juerga con la Wencesloca siempre termina en una orgía de poppers. Y aquella no sería la excepción. Me pasó el frasquito.

No lo hagas a la vista de todos, fue lo único que me pidió. Obedecí y me largué al baño. Después de tantas amabilidades no podía ser descortés. Inhalé y casi sentí que se me me salía el cerebro por la mollera. Si algo adoro de la Wencesloca es que maneja los mejores poppers de la ciudad. Obvio, son importados, se los jala de San Francisco, porque los oriundos no le hacen ya ni cosquillas. Regresé a la barra apestando a taller de serigrafía y empezamos a beber vodka. ¿O fue bacacho? Bah, qué importa. El asunto es que me invadió esa sensación tan familiar que me asalta en ciertos momentos: me quería quedar a vivir ahí. No quería que la noche se acabara nunca.

Después de varios viajes al baño, la desinhibición hizo lo suyo y empecé a meterme poppers ahí mismo, en la barra. Exponiéndome a que los meseros me echaran fuera. Pero no lo hicieron. Tenía la vara alta con la Wencesloca que me seguía diciendo que me fuera al baño y a mí me seguía valiendo madre, sólo me preocupaba que nadie fuera a pedirme, no quería compartirle a nadie. Y es que cuando agarro el frasquito ya no lo suelto.

Un rato más tarde la Wencesloca ligó. Sí, le bajó el güey a otro cabrón, y se pusieron de acuerdo para desafanar al novio e irse por otro lado. No por nada es *La Güila de Coahuila*. Mientras fajaban yo me fui del Tom's caminando hasta mi cama.

Desperté con el frasquito de poppers vacío en la mano. **■**

## EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

Por  
**CARLOS VELÁZQUEZ**

@Charfornication

TOM'S  
LEATHER BAR

Para Danny Yerna

**SU "ÁNGEL DE LA MUERTE"** llegó el 4 de enero de 1986 con alas de heroína y alcohol, septicemia, neumonía y el fallo cardiaco que lo remató a los 36 años. Phil Lynott era la estrella irlandesa entre Van Morrison y U2 a la que le erigieron una estatua en Dublín, le acuñaron una moneda de 15 euros y cada año le organizan el festival *Vibe for Philo*. Justo se acaba de estrenar un tercer documental sobre su vida, *Songs For While I'm Away*.

*The Rocker* era un irlandés y negro afro, abandonado por su padre y luego por su madre, que creció con sus abuelos blancos junto al lema inglés antiinmigrante: "*No Irish, no blacks, no dogs*". Con el racismo y los síntomas del dolor nefastico a cuevas formó Thin Lizzy, el grupo de rock con el que hizo historia junto a su amigo de la infancia, el baterista Brian Downey. Lynott componía, tocaba el bajo con plumilla y cantaba con su voz de blues furioso. Todo eso dio sello a sus canciones sobre la cultura popular irlandesa y las calles de Dublín, caballeros medievales, vaqueros del viejo oeste y soldados en combate que cristalizó en 1973 con su versión de la tradicional "Whiskey In The Jar". El pegue masivo le llegó en 1976 con "The Boys Are Back In Town". Dos canciones clásicas.

Con su infusión de rock pesado y ritmos afroamericanos que le bombeaban las venas, fue pionero en tener dos guitarristas, el formato que dominó durante los ochenta, y siempre se acompañó de los mejores: Eric Bell, Scott Gorham, Gary Moore, Brian Robertson, Snowy White



**"CRECIÓ CON SUS ABUELOS BLANCOS JUNTO AL LEMA ANTIINMIGRANTE: 'NO IRISH, NO BLACKS, NO DOGS'".**

y John Sykes. En su discografía hay joyas de todos los calibres y el doble *Live and Dangerous* de 1978 con frecuencia ocupa el podio del mejor disco de rock en vivo. En los setenta, Lynott también publicó los poemarios *Songs For While I'm Away* y *Philip*.

Pero ser la estrella rockera irlandesa, después de U2, lo deprimió cuando sus amigos Bob Geldof y Midge Ure lo dejaron fuera del cartel de Live Aid. En su caída, Thin Lizzy se desbandó y su esposa e hijas lo abandonaron. *El Rocker* estaba enfermo, triste y solo. Tras una sobredosis en navidad de 1985 colgó los Converse diez días después. Sobre él existen los documentales *The Rocker: A Portrait of Philip Lynott*, de Shay Healy; *Philip Lynott: Scéalta Ón Old Town*, de Gerry Greg; y el reciente, dirigido por Emer Reynolds, *Phil Lynott: Songs For While I'm Away*, con testimonios de su madre, la escritora Philomena Lynott, su esposa y sus hijas. Pese a su canción "Mexican Blood" y a que en México se publicaron *Jailbreak*, *Renegade* y *Thunder and Lightning*, Thin Lizzy nunca tuvo difusión y sus seguidores nos contamos con los dedos de las manos. Acá seguiremos, "Bailando a la luz de la luna". **■**

## LA CANCIÓN #6

Por  
**ROGELIO GARZA**

@rogeliogarzap

PHIL LYNOTT

## FETICHES ORDINARIOS

Por  
**LUIGI  
AMARA**  
@leptoerizo

AL OTRO LADO  
DEL ESPEJO

Cada vez que nos miramos al espejo fingimos que no estamos ante un abismo. Reacios al vértigo de la profundidad, sobre todo si se nos hace tarde, nos acicalamos con más prisa que inquietud, con más inocencia que cautela, a pesar de que la superficie reflejante nos devuelva una imagen inestable y movediza de nosotros mismos.

Antes de la invención del espejo era necesario contemplarse en un remanso de agua. Los actuales de vidrio y azogue, que se popularizaron hacia el siglo XVII, curiosamente significaron una vuelta al recurso del agua. El vidrio se compone de átomos de silicio y oxígeno, dos de los elementos más abundantes sobre la superficie del planeta: se encuentran, por ejemplo, en la arena. Al calentar cristales de cuarzo, las moléculas de dióxido de silicio se funden y adoptan la estructura caótica de los líquidos, a través de la cual la luz penetra fácilmente. Según los químicos, la transparencia del vidrio se debe a que, al enfriarse, sus moléculas no vuelven a comportarse como en estado sólido, sino que permanecen como algo viscoso que se desplaza a una velocidad tan lenta que resulta inapreciable. Gracias a la magia plateada del azogue, al mirarnos al espejo volvemos a inclinarnos a una superficie líquida, en calma engañosa.

**LOS ESPEJOS DE CRISTAL** más antiguos presentan una apariencia extraña, a la vez opaca y chorreante, como si su firmeza se hubiera escurrido con el paso del tiempo, empañada por un velo. Se diría que, por un proceso de reconstitución molecular, los espejos centenarios se estuvieran convirtiendo en el pozo de oscuridad que siempre fueron.

El pozo, como los espejos, ha sido un lugar en el que se refleja la verdad. Para la estética barroca, surgida a la par que los espejos de azogue, toda superficie es líquida y todo espejo consiste de una sombra sin fondo. Así nos lavamos la cara desprevenidamente cada día, sobre la superficie acuática se revelarán las presencias invisibles y los secretos del alma (no por nada un tipo de espejo abatible se denomina *psiqué*), del mismo modo que en la placidez de la flotación nos acecha la posibilidad del naufragio.

Gérard Genette, en su estudio sobre “el complejo de Narciso”, escribe que en el espejo se entrelazan los temas del doble, la huida y el fantasma. La superficie reflejante —espejo o estanque— se ofrece como una trampa cándida e irresistible, en la que el sujeto no tardará en descubrirse tornadizo e incierto, perdido en sus propias imágenes, marcado también por lo líquido. Lo que se presentaba como una mera ojeada al espejo puede arrojarnos a profundidades metafísicas, y ya se sabe que cuando dos espejos se encuentran convocan un laberinto del que no es fácil salir, entre otras razones porque, en su infinitud desconcertante, reflejan el vacío.

En el Japón de antaño, los espejos apresaban un fragmento de realidad; comparables a cajitas de música, se creía que conservaban la imagen —e incluso la voz— de quien se reflejaba en ellos. El príncipe Genji, protagonista de la novela fundacional de la señora Murasaki, como quien graba un video para su amada, recita un poema de amor al espejo a fin de que ella pueda recuperar más tarde su mensaje. Alrededor del año mil, por las mismas fechas en que fue escrita *La novela de Genji*, se estilaba dejar caer un espejo de bronce —que se suponía llevaba en su interior la imagen de su dueño—



Berthe Morisot, *El espejo psiqué*, 1876.

a un estanque sagrado, como un espejo que se deposita adentro de otro espejo. A comienzos del siglo XX, sumergidos en el santuario de Hagurosan, en el norte montañoso del Japón, se encontraron seiscientos de estos viejos espejos metálicos.

**CAPSULAS DE TIEMPO** fieles y persistentes, rendijas hacia una dimensión próxima pero impalpable, los espejos tienen el inconveniente de que, según una creencia muy extendida, atraen a los malos espíritus, que los usan como escondrijo; la vieja tradición de cubrirlos con un paño sería la forma de bloquearles la entrada.

Las pantallas digitales de hoy, impensables sin una superficie de cristal, son continuaciones del espejo. Ya sea que emulen el

espejo de tocador, o sean portátiles como el espejo de mano, representan un umbral hacia mundos duplicados; lo mismo pueden convertirse en una cárcel narcisista que prometer una fuga interminable y adictiva.

El deslizamiento hacia esa “otra parte” que augura el espejo, equiparable a un sueño despierto, denota que en todo espejo se esconde una puerta. En el reino delirante que encuentra Alicia, la lógica no sólo está subvertida, sino que se torna risueña y siniestra alternativamente, tal como se esperaría en un mundo al revés. Así como la mano derecha pierde su nobleza y potestad al otro lado del espejo, la niña perpleja puede coronarse avanzando sin moverse de lugar —extraño movimiento de ajedrez— y convertirse en reina del orbe invertido que soñó Lewis Carroll.

En un cuento de Giovanni Papini que prefigura a Borges, el personaje se reencuentra consigo mismo de joven gracias al reflejo de un estanque. No tardará en descubrir lo odioso que era entonces, la fatuidad y estupidez de esa sombra que fue y ahora lo acompaña a todos lados. (La inscripción en el templo de Apolo —“Conócete a ti mismo”—, no está exenta de riesgos y puede llevar al fastidio y al asco de sí). Todo estanque es un espejo, pero también una prisión o una tumba en potencia; en un arranque de exasperación, el protagonista mata a su pasado muerto. En otro cuento, “El espejo que huye”, Papini concluye que hay un espejo más abominable que el que multiplica el número de los hombres; un espejo que nubla la realidad, que desdibuja la dicha o la posterga, un espejo inestable y embustero, que tiene el efecto de empequeñecer incluso lo más amado: el futuro.

**LOS ESPEJOS DEFORMANTES**, que derivan en risa o decepción, no pueden ser más atroces que la verdad. En distintas tradiciones y literaturas aparece un espejo que refleja el universo. El del mago Merlín era esférico, “semejante a un mundo de vidrio”; Borges, que padeció el horror de los espejos, compara el Aleph con “una pequeña esfera tornasolada”; el de Tezcatlipoca, terrible dios tolteca, cuyo nombre significa “espejo que humea”, era de pirita y lo llevaba donde debería estar el pie. Sobre ese espejo, con un cuchillo de obsidiana —otro de los atributos del dios—, se producía la chispa para encender el fuego; pero Tezcatlipoca, demonio de las tinieblas, deidad hechicera de lo dual, lo empleaba como un mirador por el que veía todo lo que se hacía en el mundo: incluso los actos humanos más insignificantes, los pensamientos y sentimientos más recónditos. Juez severo que jamás envejece, dador de la fortuna y la desgracia, nada escapaba al ojo implacable de su espejo. Por ello era el más temido. ■

“EN EL JAPÓN DE  
ANTAÑO SE CREÍA  
QUE LOS ESPEJOS  
CONSERVABAN  
LA IMAGEN —E  
INCLUSO LA VOZ—  
DE QUIEN  
SE REFLEJABA  
EN ELLOS”.